

## LIBROS

---

### ENSAYO-RESEÑA

## ENFERMEDAD E HISTORIA ECOLÓGICA

José Luis Peset

Instituto de Historia, CCHS-CSIC

CARSON, Rachel, *Primavera silenciosa*, prólogo y traducción Joandomènec Ros, Barcelona, Crítica, Fundación Jorge Juan, 2010, xxxviii, 372 pp. [ISBN: 978-84-9892-091-8]

NASH, Linda, *Inescapable Ecologies. A History of Environment, Disease, and Knowledge*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 2006, 333 pp. [ISBN-13: 978-0-520-24887-8]

Para mucha gente no será novedad el libro de Rachel Carson, un bello y clásico libro de la historia ecológica, o de la ecología sin más. Ya fue traducido poco después de su primera edición, formando un hermoso volumen. (Rachel Carson, *Primavera silenciosa*, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1964. Las citas del texto de R. Carson están hechas por esta edición) Sin embargo, una buena y nueva edición castellana siempre será noticia. Nos presenta el prologuista a la autora como una científica, bióloga marina y zoóloga, que supo desplegar con atractivo y éxito ante el gran público las bellezas del mar. Su libro *Silent Spring* fue respuesta a la industria química y a la política agraria norteamericanas. Muy contestado, uno de los ataques que recibió la autora es más bien un gran elogio, el de «sacerdotisa de la naturaleza». (J. Ros, prólogo, p. xvii) Excelente escritora, ella misma afirmaba poseer «la mágica combinación de conocimientos objetivos y de respuesta emocional profundamente sentida.» (J. Ros, p. xv) Pero pronto se aceptaron muchas de sus propuestas, así pudo informar por encargo del presidente Kennedy sobre el uso de plaguicidas a la agencia de protección ambiental. Consiguió al parecer limitar el uso del DDT (excepto para luchar contra la malaria y otras enfermedades).

Sus principales dardos iban contras las expresiones «control de la naturaleza», o bien «progreso a toda costa». (J. Ros, p. xx, xxiii, xxxi) Si hoy la ciencia matiza sus afirmaciones (sobre plaguicidas cancerígenos), o duda de algunas (paso de tóxicos a sangre cuando las grasas se metabolizan), otras se mantienen. Así los «efectos en cascada» (J. Ros, p. xxvi), esas primaveras sin pájaros, o esos otoños sin frutos (dados los actuales peligros para las abejas y otros polinizadores). La naturaleza es entendida como una «red de vida», hoy biocenosis o ecosistema. Señala así el prologuista los principales aciertos de la obra, como mostrar la acumulación de tóxicos en los organismos, la

victoria de los insectos en la evolución, la insistencia en una agricultura sostenible, en la que razones ecológicas se unen a las económicas. La aniquilación de especies hermosas (y útiles), la contaminación de la cadena alimentaria, los daños genéticos, el peligro del cáncer... Los horrores de la talidomida ayudaron en estas luchas. La Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro condujo al Convenio sobre la Biodiversidad, con los acuerdos sobre los gases invernadero. En alguna edición hay prólogo de Al Gore o postfacio de Edward O. Wilson.

No es extraño que una edición inglesa estuviera prologada por Julian Huxley, o que en su libro tengan cabida palabras e imágenes, poetas y científicos. Viniendo la autora del terreno de la ciencia, se preocupa en sus páginas por la vida humana, o la vida de la naturaleza. Una de sus primeras frases, es sobrecogedora: «¿Qué es lo que ha silenciado las voces de la primavera en incontables ciudades de Norteamérica? Este libro trata de explicarlo.» (R. Carson, 1964, p. 15) No lo son menos, algunas afirmaciones —resultan tempranas en los años sesenta— sobre el peligro de algunas actividades científicas o técnicas. De todas formas, se ha vivido la guerra y el holocausto, también las explosiones atómicas, está reciente el miedo ante el poder destructor de la especie humana. El libro de Adorno y Horkheimer está también próximo. Son sus frases enérgicas: «la radioactividad es ahora la antinatural consecuencia del entrometimiento del hombre en el átomo. (...) La química, (...) es la creación sintética de la inventiva humana, obtenida en los laboratorios y sin contrapartida en la naturaleza.» (R. Carson, 1964, p. 19)

Se preocupa de forma principal por los efectos que los productos químicos mal empleados tienen sobre la naturaleza. Nos informa Agustí Nieto-Galan de una Exposición en 1994 en el Museum of American History de la Smithsonian Institution en Washington sobre «Science in American Life», en relación sobre todo con la química. Se seguía allí la tendencia a igualar poder político y científico propia de la tradición de este magnífico museo, si bien al parecer se infiltraron algunas críticas más o menos explícitas. Desde luego no pudieron gustar a los profesionales de la química, una ciencia en entredicho entre los ecologistas e historiadores de la nueva tendencia ecológica. (Agustí Nieto-Galan, *Los públicos de la ciencia. Expertos y profanos a través de la historia*, Madrid, Fundación Jorge Juan, Marcial Pons Historia, 2011, pp. 26-27) Nos dice así Rachel Carson que desde 1940 se habían producido 200 nuevos productos contra las «plagas», no olvidemos que tan solo nos habla de una veintena de años. Estamos sin duda en la era de los especialistas, con un gran poder de la industria.

Las plagas han sido sin duda desde el mundo clásico y bíblico uno de los castigos de la humanidad, la reacción de esta ha sido poderosísima en estos tiempos últimos. Los insectos tienen muchos conflictos con el hombre, «como competidores de los productos alimenticios y como portadores de enfermedades.» (R. Carson, 1964, p. 21) Además, los insectos —aparte de sus propios ciclos vitales, o cambios por alteraciones en climas o temperaturas— aumentan por la intensificación de los cultivos y por la importación de plantas, nada extraña pues los cuidados que en un paraíso como Australia se toman para evitar la entrada de organismos vivos extraños. Muy potentes productos se han ideado, sustituyendo a los antiguos venenos. Los insecticidas antiguos se basaban en el arsénico, los modernos en el fósforo (base de los fosfatos orgánicos) o en el cloro como el DDT, empleado como insecticida en 1939. Son productos muy peligrosos en el cuerpo humano (su metabolismo) y en la naturaleza, por lo que nos habla Carson de estos «insecticidas sistemáticos», que cubren y destruyen como la túnica de Medea. Las consecuencias son la contaminación de las aguas (ríos y mares, arroyos y lagos) y serios peligros para el mantillo verde, debido a la lombriz de tierra (estudiada por Darwin, nos recuerda), bacterias, hongos y algas, que reducen plantas y animales a sus productos minerales.

El manto verde de la tierra supone plantas y animales en equilibrio, parece compensar las luchas en la naturaleza de que hablaba Heráclito. Nos introduce la autora el vuelo de las abejas, hoy tan amenazadas, en busca del polen, la actividad de los insectos herbívoros, los vuelos de los escarabajos. Es el hombre el culpable de su alteración, pues se ve amenazado el protector manto por las urbanizaciones, los campos de golf, los pastizales... y en especial los herbicidas. La acción humana siempre está presente, así se pulverizan los olmos desde 1930 por el mal holandés debido a la im-

portación de troncos para chapeado contaminados por hongos. Se afectan petirrojos, estorninos, vencejos y cardenales... y ningún pájaro canta. Las luchas en USA contra polillas y hormigas con fumigaciones desde los cielos con DDT producen ríos de muerte. Hay venenos al alcance de todos, llegando mucho más allá del sueño de los Borgia, afirma.

El precio que paga el ser humano (y los animales) radica en el hígado (cirrosis), también en el sistema nervioso. A través de muy estrechas ventanas entra la química en la célula. Se encuentra el DDT y los hidrocarburos en los huevos de los pájaros. También afectan las radiaciones, la luz solar, junto a esos productos químicos, produciendo muchos cánceres. Ya se encontró una causa en el hollín en el cáncer de escroto de los deshollinadores, nada menos que en 1775 por sir Percival Pott. El australiano sir Macfarlane Burnet consideraba que el DDT hace a los mosquitos ginandromorfos. Se pueden producir alteraciones de los cromosomas y leucemias. Las amas de casa que usan DDT contra las arañas tienen riesgo de leucemia, se afirma. Según Warburg los cancerígenos como las radiaciones o los químicos incluso en pequeñas dosis actúan sobre la respiración de las células. Se puede llegar también al cáncer por la alteración del equilibrio de las hormonas sexuales, a través del hígado. Toma la frase «mar de cancerígenos» —quizá demasiado fuerte— para indicar nuestra situación.

La naturaleza se defiende, en su búsqueda de armonía. «El equilibrio de la naturaleza no es un *statu quo*; es fluido, mudable y en estado permanente de reajuste. El hombre también forma parte de este equilibrio. A veces la balanza se inclina a su favor; otras veces —y muchas mediante su actividad— cambia en su desventaja.» (R. Carson, 1964, p. 252) Los insecticidas se emplearon por los aliados en Italia, así el DDT contra el tifus exantemático, para matar piojos en la guerra. En la primavera de 1944, el Allied Control Commission en Italia pregunta a la Rockefeller Foundation sobre la malaria. Esta recomienda el DDT y en 1945 la Health Division of UN relief organization empieza campañas en Italia, seguidas por otras en Grecia, Venezuela y Ceilán. La Rockefeller también actúa en Cerdeña (y en España). Grandes entusiasmos acompañaron los logros, pero en 1947 las moscas domésticas muestran resistencia en Grecia, también en Cerdeña. El mosquito *Anopheles* la muestra en 1951 en las islas griegas. (James L. A. Webb Jr., *Humanity's Burden. A Global History of Malaria*, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 2009, pp. 160-161.)

Sin duda, según la ley de supervivencia del más fuerte de Darwin, corresponderá a los insectos este honor de sobrevivir y resistir. Primero consiguieron los mosquitos resistencia en el exterior, luego en las casas, también lo logran las cucarachas y las pulgas. El otro camino para luchar contra estos parásitos son los insectos machos esterilizados, técnica que empezó poco después, si bien hay también peligros en los esterilizantes, nos dice. Los machos voladores de alguna polilla son atraídos por el olor glandular de la hembra, más pesada y que no vuela. Se puede luchar así en el control de insectos por medio de los olores, sonidos, o bien otros seres vivos, como las arañas. Este tipo de lucha tiene una historia, al parecer, más que centenaria. Insistiendo en el peligro del «control de la naturaleza», considera muchas posibilidades de control biológico de insectos. «Todas tienen esto en común: son soluciones *biológicas*, basadas en la comprensión de los organismos vivos que tratan de controlar y de la total fábrica de la vida a la que pertenecen esos organismos.» (R. Carson, 1964, p. 284) Sería una manera de mantener el equilibrio en la naturaleza, que el empleo de productos peligrosos arriesga.

\*\*\*\*\*

En el mismo sentido nos advierte Linda Nash, pero de forma más elaborada, propia del largo camino de las ideas ecologistas y de la historiografía ecológica. «One of the major cultural developments of the late twentieth century was the reenvisioning of human beings' place in the world. In many ways the most radical notion to emerge from the modern environmental movement was the idea that people were inescapably part of a larger ecosystem.» Tras elogios al libro de Rachel Carson, enfoca su estudio al Valle Central de California, con la intención de complicar «the history of Americans' relationship to nature.» (L. Nash, 2006, p. 1) Siempre dominado el valle por el capi-

tal y la técnica, escribe la autora, el historiador social se ha interesado por el trabajo, la raza y la violencia; el ecológico, por la invasión de las praderas por los ganados, también por especies foráneas, o bien modificadas genéticamente, el empleo de tóxicos pesticidas y las presas y los ríos artificiales. Es una tierra de gran belleza y riqueza rural, nos dice, pero también es el paisaje más productivo e industrializado, dominado por el capital y la tecnología, heredando un largo proceso de colonización y desarrollo capitalista. Pero es preciso retener desde la ecología y la medicina las ideas sobre salud y enfermedad, también sobre el cuerpo y el medio.

El libro se apoya en dos esenciales aspectos: uno diacrónico, el pensar en una pervivencia de las ideas ambientalistas de la medicina antigua; el otro sincrónico, al recordar la relación, la permeabilidad entre el ser humano y su entorno, en un nuevo planteamiento del puesto del hombre en la naturaleza, tal como enunciaba el libro de Thomas Huxley. Los seres humanos son parte inescapable de un amplio ecosistema, en lo que se basan las importantes ideas sobre salud y enfermedad que vienen del ecologismo. Aquí son de forma magistral aplicadas al Valle Central de California, separándose tanto de un romántico agrarismo, como del *management* ilustrado del medio ambiente. Siempre se ha valorado en el sur, nos recuerda, la explotación de la madera, la agricultura, las minas, además de temas relacionados con la salud como las aguas, el clima, la atmósfera.

En el Valle le ha interesado la antigua percepción de los suelos, las fuentes, las enfermedades, los vientos, el sol y el papel de los médicos, quienes en su vivencia y estudio del paisaje han mostrado en sus pobladores los viejos miasmas, las fiebres, la debilidad... Sin duda se hereda el escrito hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares*, al igual que se conocen las *Topografías médicas* europeas, «as I realized how important perceptions of health were to understanding the natural landscape in earlier eras.» (L. Nash, 2006, p. 5) Había miedo a ciertos paisajes, sean pantanos, selvas o climas tropicales. Se relacionaba con el colonialismo europeo, que si bien deja de sentirse vuelve a renacer esta relación con el norteamericano, cuando empiezan importantes estudios y publicaciones sobre la medicina colonial. Así puede verse la biografía de Richard Pearson Strong (1872-1948), especialista en medicina tropical, quien trabajó en Filipinas entre 1899 y 1913 (sobre disentería por amebas y peste en especial neumónica), con una cátedra en Harvard se encamina a América central y del sur y a África. En la primera guerra mundial se interesa por el tifus exantemático y la fiebre de las trincheras. Contribuyó al Department of Tropical Diseases of Harvard Medical School, al *Journal of Parasitology*, a la American Society of Parasitologists. (J. C. Bequaert, In memoriam, *The Journal of Epidemiology* 34(6), December 1948, 515-517). A él va dedicado el libro postbélico de J. S. Simons *et al* (1944-1951) *Global epidemiology* dedicado al estudio epidemiológico de Asia, África y Oceanía, y en donde se recuerdan sus servicios al ejército.

Tras esas fiebres y debilidades se encuentra la «miasmatic disease» —que se supone malaria— que se presenta en una primera etapa de viajeros y pioneros, de inmigrantes, también de médicos, comerciantes y colonos, antes de los grandes asentamientos. Se muestra cómo las ideas sobre los miasmas, que actuarían sobre un cuerpo permeable y poroso, explicado todavía desde el humorismo, influyen en los paisajes y los proyectos de aquellas gentes. Son así considerados en la obra los problemas que el hombre blanco encuentra en el Valle Central de California, que enlazan también con el discurso que articula raza, medio y salud. James L. A. Webb Jr. ha descrito la relación entre la raza, la división norte/sur norteamericana y la malaria. Sin duda el norte y el sur se distinguían por los tipos de cultivos y la política económica y racial. La inmunidad de los afroamericanos permitía a estos mayor resistencia y trabajo, quedando divididos los Estados Unidos por cultivos, esclavismo y enfermedad. (J. L. A. Webb, 2009, pp. 87-91 y 119-121) Haciendo un juego con la malaria del sur de Norteamérica y de Italia, se ha referido Randall M. Packard a esta enfermedad como «A Southern Disease». (R. M. Packard, *The Making of a Tropical Disease. A Short History of Malaria*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2007, pp. 67-83)

A mediados del siglo XIX, con los discursos colonial y racista, se quiere mostrar la relación entre las razas y el medio, la de los grupos humanos con la salud y la enfermedad, su permeabilidad a

ésta. Se considera que hay lugares que no admiten a la civilización blanca, que embrutece o matan a estas razas. Así fue recogido muy precozmente por Joseph Conrad en *Heart of Darkness* y ahora es retomado por Mario Vargas Llosa en su novela *El sueño del celta*, en que hace renacer la figura de un extraordinario héroe irlandés. Más tarde se mantendrá, o potenciará la idea de la susceptibilidad de las razas a ciertas enfermedades, así en la primera mitad del XX, como se recoge para un período algo posterior en la película de Tate Taylor titulada *Criadas y señoras*. Tras la segunda guerra mundial, la vieja desigualdad del racismo ha producido además desigualdad social, económica, de acceso a lugares, servicios e instituciones, de trabajos y enfermedades. Por las injusticias que se heredan se llega a la exigencia de una «environmental justice». Esas ideas ambientalistas tradicionales se rompen con la «germ theory», con la «modernist amnesia», al explicar la enfermedad por la disfunción orgánica y un particular agente patógeno. Naturalmente, Robert Koch y la nueva bacteriología están detrás. (J. L. Peset, On the History of Medical Causality, en C. Delkeskamp-Hayes, M. A. Gardell Cutter, (Eds.), *Science, Technology, and the Art of Medicine*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht, Boston, London, 1993, pp. 57-74.) La «germ theory» separa el cuerpo del medio, la nueva salud pública identifica la falta de enfermedad con la ausencia de patógenos en el cuerpo, no en el medio ambiente. Se identifica la modernización con la salud.

Pero en el siglo XX se insiste de nuevo en las causas ambientales del cáncer, el asma, la «multiple chemical sensitivity», incidiendo en el proceso de cambio de las enfermedades infecciosas a las no transmisibles. Se acentúa en la postguerra americana por la urbanización, la polución del aire, la radioactividad, los pesticidas... Es la etapa de la introducción de la química en el Valle Central de California, las décadas de 1950 y 1960, en que brotan las quejas de granjeros y de los trabajadores en las granjas, en la que urgen replanteamientos desde la ciencia ecológica y las críticas de los «environmentalists». En la etapa de los 1980 surgen ideas conflictivas sobre el cuerpo, la salud y la enfermedad, en la misma salud pública y entre los profanos. En la siguiente etapa, con más polución y más problemas con el cáncer, surgen críticas contra los modelos que vienen de la «germ theory». Otra vez se consideran los cuerpos permeables y porosos.

Se inscribe por tanto su libro en la historia y consideración de la modernización de Norteamérica. La modernización no supone tan solo el triunfo del hombre sobre la naturaleza, se nos dice, sino también sobre el hombre. La actuación sobre el medio interviene sobre la sociedad y el cuerpo humano (y su mente). Toma de Bruno Latour la opinión de que la modernización es la separación de la naturaleza. Podía citar también el discurso en la Academia de Franz Kafka, con los sufrimientos de ese simio que ha sido hominizado. La naturaleza humana es naturaleza más cultura (M. W. Wartofski, *Organs, Organism and Disease: Human Ontology and Medical Practice*, en H. T. Engelhardt, S. F. Spicker (Eds.), *Evaluation and Explanation in the Biomedical Sciences*, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht-Holland, Boston-USA, 1974, pp. 67-83), pudiendo así intervenir en ella tanto la enfermedad malaria, como la ciencia química, pues la industria tiene un papel bidireccional entre tierra y hombre, pues a los dos afecta. Así escribe la autora, «my own practice is, admittedly, the belief that our bodies powerfully affect and depend on the environments they inhabit, that the changes we make in the land will ultimately be registered in ourselves and in those who follow us in very material ways.» (Nash, 2006, p.15)

No es extraño que se conceda a la historia de la salud y la enfermedad mucha importancia en la historia ecológica, si bien entendida de forma distinta a la académica tradicional. La historia de la medicina y de la salud pública ha sido construida como historia cultural e intelectual, nos dice, así en las universidades, agencias gubernamentales y sociedades científicas. Se ha olvidado el paisaje, el medio, que la historia de la medicina y la salud son locales; es necesaria la interacción de las mentes con el contexto social, económico, material y ambiental. En el siglo XIX había una medicina local, basada en las ideas acerca de miasmas y climas cálidos, además sobre pantanos, suelos, vientos... Si en el siglo XX se corta en los laboratorios, hoy de nuevo se tiene en cuenta el lugar, el medio, ya se trate de territorios con abundancia de mosquitos *Anopheles*, con temperaturas que convienen a bacte-

rias y parásitos, con aguas residuales, con peligroso uso de la química, o bien con un arriesgado destino ambiental de las toxinas (hay que considerar la meteorología, la geología, también la hidrología). Se trata, en fin, de las condiciones materiales y biológicas de una comunidad humana.

Siempre con esa confrontación fundamental detrás, entre la modernización del capitalismo y la salud y el bienestar de la población, saltan disputas entre diversos niveles del saber, locales o estatales, incluso universales, o bien entre distintos profesionales, así los oficiales de salud pública y los expertos diversos, ingenieros, científicos ambientales..., quienes regulan la relación entre el cuerpo y el medio, entre la salud y la enfermedad. Y además entre la ciencia universal y la particularidad de los cuerpos y los lugares o medios (*environments*). El lugar, el medio ambiente se vive a través de prácticas culturales y lingüísticas, nos dice la autora, siendo distintas las formas de entender y las percepciones de la población sobre la salud, la enfermedad y el medio. Se tienen también en cuenta en el libro que comento los cambios materiales en la enfermedad, así como en el uso y calidad de la tierra, los aires, las aguas, los suelos. Se juntan en sus páginas la ciencia actual con la ciencia de la época; el entendimiento del cuerpo y las enfermedades con las realidades materiales; los productos del lenguaje y de la cultura y las prácticas de experiencia distinta del cuerpo. Si para Barbara Duden el cuerpo tiene tiempo histórico y transhistórico, hay también experiencia cultural y prácticas, más nuestra propia experiencia.

La intención es sin duda colocar el cuerpo humano en el centro de la historia medioambiental, junto a las plantas, los animales, los suelos o los climas. Los seres humanos son tanto agentes como objetos de los cambios ecológicos, dada la mutua relación entre el hombre y el medio. Critica la dicotomía moderna entre los seres humanos y la naturaleza, el paisaje; también la historia que solo considera las formas en que el ser humano modela su mundo. No se trata de una lucha contra impedimentos, obstáculos externos, pues no está claro donde empieza lo no humano. El medio es también agente histórico, así lo son el hombre, los insectos, los árboles, el suelo y las aguas, los microbios, los productos químicos, también las plantas y los animales. J. McNeill ha insistido en ello al historiar las Américas entre los siglos XVII y XX. (J. R. McNeill, *Mosquito Empires*, Cambridge, New York, etc., Cambridge University Press, 2010).

El cuerpo «moderno» es distinto del hipocrático «ecological». Este considera la relación dentro/fuera, los flujos, la dependencia del medio; en el pensamiento clásico —que llega al mundo moderno—, la salud y el bienestar consisten en balance, armonía y relación dinámica entre el cuerpo y el más amplio mundo, que se piensa externo. Esta relación de permeabilidad convive con otras opciones «modernas», hubo transición entre ellas pues coexisten diversas visiones y experiencias según niveles de saber, población o naciones y culturas. Se encuentran numerosos textos en que se plasma el miedo al entorno, la niebla, los pantanos, las minas, pues en el siglo XIX, en su búsqueda de armonía con la naturaleza, se desea un diagnóstico del paisaje, que es hecho con el termómetro, o bien teniendo en cuenta la presencia de lluvia o de los vientos, de peces y animales. La incidencia del hipocratismo médico es, pues, muy notable.

El cuerpo «moderno» pertenece a la medicina alopática occidental, al capitalismo americano. Tras ese gradual surgimiento, ese distinto proceso, según lugares y culturas, a partir del siglo XVII, se cementa en los laboratorios a fines del XIX, por los libros de texto médicos, por el propio entendimiento del cuerpo aislado por la piel. Consiste la salud es no tener enfermedad, no tener sustancias o agentes peligrosos en él, que debe estar separado del medio. Esta necesidad es sin embargo muy antigua, pues siempre la naturaleza tiene un lado peligroso. Se puede ver en las divinidades hostiles de antiguos cultos griegos, romanos o de otras culturas, pero también en los escritos médicos. Recuerdo siempre con entusiasmo el libro de Marie Christine Pouchelle sobre el cirujano medieval Henri de Mondeville. En sus páginas nos muestra las imágenes del cuerpo —populares, religiosas, cultas— como edificio o construcción cerrados, la enfermedad como invasión de agentes externos peligrosos. (M. C. Pouchelle, *Corps et chirurgie à l'apogée du Moyen Age*, París, Flammarion, 1983) Es una vivencia que Levi Strauss señaló en el pensamiento no científico, la enferme-

dad o la curación se espera de cruces entre distintos reinos, mineral, vegetal o animal, así la enfermedad se identifica en las prácticas chamánicas con objetos o animales invasores. (Claude Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, París, Plon, 1962, pp. 217-218; *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958, pp. 192-196). Sin duda, en ninguna cultura la naturaleza es considerada por entero benéfica, dada la enorme vulnerabilidad del ser humano (y del entorno), que él mismo con frecuencia aumenta con sus acciones, voluntarias o involuntarias.

Así parecería cortada aquella tradición hipocrática de forma radical en los laboratorios por la «germ theory» (Andrew Cunningham, Perry Williams (Eds.), *The Laboratory Revolution in Medicine*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992), que se haría eco de estos temores, separando de la naturaleza (del medio) que pierde su papel en la salud, considerada como la ausencia de agentes patológicos. Se acompaña de la higiene y la «sanitation» contra la suciedad, los insectos, los restos y las basuras. Estos sentimientos influyen tanto en los médicos como en los profanos. Serían tan solo activos los hombres y los patógenos, el espacio se considera como pasivo y homogéneo, quedando para los ingenieros, entomólogos, hidrólogos y agrónomos. La relación de la salud con el medio queda también reservada a la medicina tropical, la ecología de la enfermedad, la salud ocupacional, la ingeniería sanitaria, o bien la epidemiología moderna.

Pero pronto renace la herencia clásica a partir de los años 1950 en la postguerra americana por muy variadas razones, los pesticidas, la radioactividad, la polución de aires, aguas y suelos... de nuevo parece haber permeabilidad entre el cuerpo y el medio en que se habita. Así llegan a los ciudadanos las experiencias de enfermedades en lugares y medios diversos, como asma y cáncer, que promueven el activismo ambiental de los 1960, pues se piensa otra vez en la permeabilidad al ambiente, pero también en la pureza del cuerpo. Para entender la salud es necesario tener en cuenta la materialidad del mundo no humano, pues en la experiencia de la enfermedad hay muchos factores, en especial un entendimiento ambiental de la salud y el cuerpo. Se activan y se viven los movimientos ecologistas y la búsqueda de una justicia ecologista. Es lo que la amena película *Erin Brockovich* de Steven Soderbergh quería mostrar.

Cita a Henri Lefebvre para mostrar cómo la conceptualización del espacio necesita la del cuerpo. Se saltan las ideas ecologistas las anteriores de raza, clase, pobreza, nación, continentes... pues «it is not a linear story.» (L. Nash, 2006, p.214) Es interesante afirmación, que vale la pena comentar. Sin duda la naturaleza nos iguala, al menos al final, pero la sociedad nos hace distintos, incluso antes de nacer y después de morir. En el Valle Central de California conviven riqueza productiva con pobreza vejetoria, perfectos frutos y pesticidas, bellos paisajes y cánceres, nos dice con enérgicas afirmaciones que recuerdan las de Rachel Carson. Sin duda, a pesar de los avances de la medicina y la salud pública, es imposible la pureza del cuerpo y la estricta singularidad de la etiología. No se quiere volver con las nuevas ideas a las viejas *Topografías* y a los clásicos *miasmata*, pero sí buscar prácticas mejores en la sociedad y en la biología. No se trata de imponer soluciones individuales a las soluciones ambientales. Quiere pues replantear «our physical natures and biological dependence», nos dirá. «This book is a contribution toward that rethinking and part of an ongoing conversation about how best to understand the relationship between our own species and the larger world.» (L. Nash, 2006, p. 215)

Sin duda, los libros que comento suponen una moderna sensibilidad hacia los seres vivos que acompañan al hombre. Una magnífica novela de éxito, *Freedom* de Jonathan Franzen, se centra en esas necesarias obsesiones del hombre de hoy por respetar la vida, la naturaleza. Un pájaro pequeño de gracioso nombre, la reinita cerúlea, está amenazada y hay que crear espacios protegidos, se narra en la novela. Para ello el protagonista debe pactar con compañías mineras que destripan la tierra, ofreciendo reparación de las pérdidas y destrucciones y, sobre todo, espacios libres. La química, la minería, la preservación de la vida de los pájaros de Rachel Carson y la nuestra propia están en juego.